

condenado para siempre. No hay argumento mas justo, ni consecuencia mas legitima que esta consecuencia.

2. Has de considerar todo pecado grave como cierta especie de derecho particular que adquieres para tu reprobacion, como un titulo legitimo que te asegura tu eterna infelicidad. ¡ De cuántas piadosas industrias se valieron los santos para imprimir en sus corazones esta importante leccion! Unos escribian esta sentencia para tenerla siempre á la vista en las mas fuertes tentaciones: *Si consiento este pecado, consiento en ser condenado.* Otros, aplicando á la llama los dedos ó la mano, se preguntaban si podrian habitar por toda la eternidad en el fuego del infierno. Otros, en fin, se hacian familiares á si mismos este importante pensamiento: *Mi salvacion será obra de mi Señor Jesucristo; pero mi condenacion será obra de mis manos si tengo la desgracia de perderme.*

## DIA VEINTE Y OCHO.

### SAN ESTÉBAN EL MOZO, SOLITARIO Y MÁRTIR.

Nació Estéban en Constantinopla, imperando Anastasio II, llamado Artemio; y aunque sus padres fueron bastante ricos, les faltaba mucho para que llegase su caudal adonde querian que llegasen sus limosnas, siendo mayor su corazon que sus facultades. Luego que el niño Estéban llegó á edad proporcionada, se dedicó al estudio con extraordinaria aplicacion; pero con tanta especialidad al de la sagrada Escritura, que la decoró perfectamente, excusando otro libro que el de su felicísima y fidelísima memo-

T. II.

P. 596.



S. ESTÉBAN EL MOZO,

SOLITARIO.

ria. Entre las obras de los santos padres, las que mas le llevaban la inclinacion eran las de san Juan Crisóstomo; y aunque sus progresos en las letras eran grandes, iban muy delante de ellos los que hacia en la virtud. Oia la palabra de Dios con aquel gusto espiritual que abre el camino á la inteligencia de las verdades eternas: despreciaba con generosidad cristiana las grandezas de este mundo, tan vanas como caducas; pensando solo en merecer las eternas, fruto precioso que solo le produce la inocencia de la vida. Así se iba formando el jóven Estéban en la virtud y en las letras, mientras el emperador Leon, por sobrenombre Isáurico, iba madurando el sacrilego intento de declarar la guerra á las imágenes de Dios y de los santos. Dió principio á ella por la violenta deposicion del patriarca san German, con cuyo motivo muchos católicos abandonaron la ciudad, y se retiraron á diferentes provincias para abrigarse contra la borrasca que ya comenzaba á encrespase: tormenta que no por eso intimidó á los piadosos padres de Estéban para que le consagrasen á Dios en el monasterio de Monte-Aujencio, llamado así por haber sido san Aujencio el primero que le habitó. Era quinto abad, despues del santo fundador, el bienaventurado Juan, que, viendo, observando y oyendo hablar á nuestro Estéban, descubrió los altos designios de la divina Providencia acerca de aquel mancebo; y recibéndole en el número de sus discipulos, le cortó el cabello, y le dió el hábito de monje, aunque no habia cumplido diez y seis años. Abrazó el nuevo género de vida con increíble fervor, distinguiéndose tanto en el ejercicio de todas las virtudes, que, muerto el abad, todos los monjes obligaron á Estéban (aunque de solos treinta años de edad) á encargarse de su gobierno. El monasterio que se encomendaba á su direccion se reducia á cierto número de celdillas ó de chozas esparci-

das aquí y allí por varias partes del monte, en cuya eminencia se dejaba ver una estrecha gruta que dominaba á las demas, y esta escogió Estéban para su habitacion. Desde ella velaba sobre todos los demás solitarios, y desde la misma, como mas inmediata al cielo, tomaba vuelo su alma para elevarse mas fácilmente hasta Dios por medio de la contemplacion. Añadía el trabajo de manos á la oracion, unas veces fabricando redes, y otras copiando libros, porque tenia excelente pluma. Pero su inclinacion á mayor soledad, y el deseo de hacer vida mas penitente y mas austera, le obligaron á renunciar en Martín la superioridad y la abadia. Retiróse, pues, y fuese á encerrar en una celdilla mucho mas estrecha que su gruta: tenia solos dos codos de largo, y medio de ancho; pero tan baja, que solo podia estar en ella encorvado, y la mitad enteramente á la inclemencia; de manera que en el rigor del estío estaba expuesto á los ardores del sol, y en el invierno á todos los rigores del hielo y de la nieve. Su vestido eran unas pobres pieles de carnero ceñidas al cuerpo con una cadena de hierro: asombrosas penitencias, que se podian llamar como ensayo del martirio á que el cielo le tenia destinado. Muy ajenos sus discipulos de la secreta fuga que habia hecho, quedaron extrañamente sorprendidos cuando no le hallaron en su acostumbrada gruta. Buscáronle solícitos por todas partes, y en fin, habiendo dado con él en la nueva habitacion, le dijeron con lágrimas en los ojos: *¿Pues qué, padre, te quieres quitar la vida con una austeridad tan fuera del orden comun? ¿quieres dejarnos huérfanos anticipándote la muerte? ¿no sabeis, hijos* (les respondió el siervo de Dios), *que el camino del cielo es estrecho?* A esto no se atrevieron á replicarle; pero le suplicaron que á lo menos cubriese aquella nueva celdilla, de modo que tuviese alguna tal cual defensa contra el rigor de los

temporales. *No es menester, repuso el santo, el cielo me sirve de techo, y excuso otro reparo.* Ibase encendiendo entre tanto el fuego de la persecucion contra todos los que defendian el culto de las sagradas imágenes. El emperador Constantino Copronimo, tan aborrecido del mundo por su disolucion, como por su crueldad, dirigió principalmente su furor contra los monjes, pareciéndole, y no se engañaba, que eran los que hacian mas generosa resistencia á sus impíos y sacrilegos decretos; pero entre los monjes, dos con especialidad eran el objeto de su cólera, resuelto á pervertirlos ó exterminarlos del mundo cuando los pudiese reducir. Estos fueron san Andrés Calibita, y nuestro glorioso Estéban. Fué su primera diligencia despacharle un senador, llamado Calixto, para que le redujese á su partido; pero perdió el tiempo y las palabras el señor senador. Irritado Constantino, volvió á despachar al mismo con una partida de soldados, y con orden de arrancarle de su celdilla, y ponerle preso en el monasterio que estaba al pié de la montaña. Ejecutóse la orden con inhumanidad; pero se mantuvo invencible la constancia de Estéban. Echóse despues mano de la calumnia, imponiéndole delitos que no habia cometido. Nada se adelantó con este medio, porque triunfó de todo su tolerancia y su inocencia. Envió el emperador algunos obispos para que disputasen con el santo; pero él los convenció y los confundió con la solidez de sus razones: despues, levantando los ojos y las manos al cielo con un profundo suspiro que arrancó del corazon, exclamó de esta manera: *Cualquiera que no honre la imagen de nuestro Señor Jesucristo, en cuanto hombre, sea anatematizado, y entre en el número de los que gritaron en otro tiempo, quita la vida á este hombre, crucifícale, crucifícale.* Quedaron atónitos los prelados á vista de la libertad del siervo de Dios: restituyéronse á la

corte avergonzados y confusos; y preguntándoles el emperador el éxito de la disputa, Calixto, que la habia presenciado, respondió: *Todos fuimos vencidos, Señor, todos fuimos vencidos. La doctrina de este hombre es verdaderamente profunda: no hay resistencia á su argumento: su virtud es incomparable, pero su impetidez excede á toda ponderacion: se burla de las amenazas, y hace desprecio de la misma muerte.* Desteróle el emperador al Proconeso, una de las islas del Helesponto, donde ilustró Dios su destierro, con muchos milagros. Llamósele del destierro, y fué encerrado en una oscura prision. Al cabo de algunas dias hizo Constantino que se le trajesen á un sitio llamado Faro, donde se hallaba á la sazón, y allí le trató con la mayor indignidad; pero el santo, sin perder un punto de su ordinaria mansedumbre, le probó el culto de las sagradas imágenes con tan sólidas razones, que no tuvieron que replicarle. Al fin, para confundir al emperador con un argumento palpable, sacó una moneda de oro, que para este intento llevaba prevenida, en que estaba grabada la imagen del mismo principe, y mostrándosela, como Cristo en otra ocasion á los judios, le preguntó: *¿De quién es esta imagen? ¿De quién ha de ser sino del emperador?* respondió Copronimo con desabrimiento, ofendido de la libertad y de la pregunta. *Bien,* replicó el santo. *Y si alguno la arrojara al suelo con desprecio; si la pusiera debajo de sus piés y la pisara, ¿se le daria algun castigo? Sin duda,* respondieron todos los presentes. Suspiró entonces el siervo de Dios, y con el corazon penetrado de dolor, exclamó de esta manera: *¡Oh deplorable ceguedad! vosotros decís que merece castigo cualquiera que trata con desprecio, arroja al suelo, y pisa la imagen del emperador, siendo así que no es mas que un hombre mortal; pues ¿qué castigo merecerán los que pisan, atropellan y arrojan al fuego las imágenes del*

*Hijo de Dios y de su santísima Madre?* Mandó el emperador que le volviesen á la cárcel. Luego que Estéban entró en la prision, entendió por cierta interior luz del Espíritu Santo que allí acabaria sus dias. Encontró en ella trescientos cuarenta y dos solitarios, todos de virtud eminente, que habian sido conducidos de diferentes partes; y toda esta venerable tropa acudió exhalada á Estéban, como á un maestro consumado en el ejercicio de la vida regular, para oír de su boca saludables instrucciones. A todos los instruía, convirtiéndose el pretorio en monasterio por medio de aquellas conferencias espirituales. Despues de muchos meses, dijeron un dia al emperador lo que pasaba en la cárcel, y la honra y veneracion que con la direccion del santo se hacia en ella á las sagradas imágenes: irritado el emperador, mandó matar á Estéban. Acudieron los ejecutores á la cárcel; y habiendo el santo salido al ruido, se echaron sobre él, le arrojaron por tierra, quitaronle las prisiones, y atándole fuertemente unas correas á uno de los piés, le arrastraron con el modo mas inhumano, mas cruel y mas indigno por las calles de Constantinopla. Al llegar delante de la iglesia de San Teodoro, mártir, quiso Estéban apoyarse sobre las dos manos para hacer al santo una profunda reverencia por último testimonio de su tierna veneracion. Notólo uno de los verdugos, llamado Filomato, y gritó lleno de furia: *¿No veis como ese malvado quisiera morir mártir?* Y diciendo y haciendo, arrancó un grueso palo de una bomba, que servia para apagar los incendios, y le descargó tan furioso golpe en la cabeza, que con efecto hizo un mártir mas en nuestro santo. Créese que su muerte sucedió el dia 28 de noviembre de año 766, á los 53 de su edad.

## SAN GREGORIO III, PAPA.

San Gregorio, tercero de este nombre, uno de los mas dignos sucesores de san Pedro, y uno de los papas mas valerosos en oponerse con fortaleza apostólica a todas las novedades que han perturbado la paz de la Iglesia, fué siro de nacion, segun la opinion mas recibida, criado por Juan, su padre, en el sólido principio del santo temor de Dios, y educado en Roma en toda clase de literatura. Como el Señor le habia prevenido con sus mas dulces bendiciones, y se hallaba dotado de un ingenio sobresaliente, acompañados estos principios de un amor particularísimo a las letras, hizo maravillosos progresos tanto en la virtud como en las ciencias; é igualmente habil en las lenguas orientales que en la latina, y perfectamente versado con inteligencia en las santas Escrituras, se dejó ver el jóven mas cabal de su siglo. Promovido Gregorio a los órdenes sagrados, era el ornamento de todo el clero de Roma, en el que se distinguia notablemente por la santidad de su vida, por la pureza de sus costumbres, por su eminente piedad y por su grande sabiduría, correspondiendo la justificacion de su conducta en todas las épocas a los nobles principios de su educacion, y a la consagracion de su estado.

Vacó la silla apostólica por muerte de Gregorio II, que sucedió en el mes de enero del año 731. Tenia necesidad por entonces la Iglesia de un pastor magnanimo y brioso, de un papa santo y sabio, y de una cabeza visible, capaz de oponerse a las execrables violencias que perturbaban la paz del rebaño de Jesucristo; y como en Gregorio concurrían todos estos requisitos, por aclamacion comun de todo el clero y

pueblo de Roma se hizo la eleccion en él, hallándose muy distante por su profunda humildad de apeteer honoríficos empleos. Consagrado en el jueves 22 de febrero del año expresado, día de la cátedra de San Pedro, desde el momento que se sentó en la silla apostólica acreditó con pruebas prácticas el acierto de su eleccion, y satisfizo con ellas el alto concepto que de su eminente virtud y de su gran sabiduria tenia formado la Iglesia de Roma. Las primeras atenciones de los desvelos del santo pontífice se dirigieron a conservar la pureza de la fe católica, a socorrer todas las necesidades de la Iglesia, a la reforma del clero, a desterrar los abusos, y a hacer que floreciese la justificacion de las costumbres de su pueblo. Él se empeñó con infatigable zelo en la instruccion de los fieles, repartiéndoles el pan de la palabra divina, y en trabajar de continuo para mantener la doctrina ortodoxa contra el torrente de los vicios y los esfuerzos de la herejia. Él demostró siempre grande desinterés y mucho amor a la pobreza, distribuyendo entre los necesitados todas sus facultades sin alguna reserva. La misma conducta usaba con los cautivos y prisioneros, satisfaciendo el rescate de aquellos y las deudas de estos con una caridad inmensa, mirando siempre con una compasion tierna a las viudas, a los pupilos y a los huérfanos, mereciéndose el renombre de padre de todos los necesitados por sus piadosos hechos.

Aunque bastaba la justificacion de su conducta, y la exactitud de su vigilancia pastoral en cumplir todos los deberes de su alto ministerio para relevar su mérito; con todo, lo que le hizo mas célebre en todo el orbe cristiano, fué el valeroso teson con que empeñó toda su autoridad y toda su reputacion para tranquilizar las inquietudes que perturbaban la paz de la Iglesia. No es fácil explicar el ardor y el zelo verda-

deramente apostólico con que se aplicó á sofocar todas las perniciosas novedades que se suscitaron en el Oriente.

Leon el Isáurico, que desde una miserable extraccion habia llegado á ser general del imperio, y á ocupar el trono del Oriente por los años 717, sostenia, á costa de inmensas crueldades, el error de los herejes iconoclastas que negaban el culto á las santas imágenes. Para dar una prueba nada equívoca del empeño que tenia en proteger tan perverso pensamiento, no contento con la sangre que hacia derramar en sus vasallos ortodoxos, no pudiendo atraer á su partido á las personas doctas encargadas de su real biblioteca, las hizo encerrar en aquella pieza magnífica; y mandando pegarle fuego, redujo á cenizas á los hombres mas sabios de aquella época, el insigne monetario recogido á toda costa, innumerables pinturas, y mas de treinta mil volúmenes de la mas preciosa antigüedad.

Gregorio, que supo esta execrable barbaridad, y que le constaban las turbulencias que cada dia causaba el furor de Isáurico en el Oriente, trató de remediar el daño, que creyó continuaria en lo sucesivo con mayores excesos. Para este fin le escribió con valor y fortaleza apostólica en los términos siguientes: *¿Quién os obliga, serenísimo emperador, á volver atrás despues de haber marchado con tan justos pasos en los primeros años de vuestro reinado? Decís ahora que es una idolatría honrar á las imágenes: habeis mandado arruinar su culto sin temor del juicio de Dios, que castigará algun dia á los autores de tal escándalo. ¿Porqué no habeis consultado con hombres instruidos, piadosos y sabios? Debemos miraros como á un hombre sin literatura, grosero é ignorante; y por esta razon nos creemos en la precision de hablaros con fuerza, pero con verdad. Dejad vuestra obstinada presuncion, y es-*

*cuchadnos con humildad. Las decisiones de la Iglesia no pertenecen á los emperadores, sino á los obispos; los que, así como establecidos para ello, no se mezclan en los negocios temporales, tampoco los emperadores deberán mezclarse en los eclesiásticos, sino contentarse en disponer de aquellos que les están confiados. Nos habeis escrito sobre juntar un concilio ecuménico; pero no lo exigamos á propósito. Vos mismo, que sois el autor de la alteracion y de la inquietud, conteneos, y todo el mundo estará en paz. Tranquilas estaban las iglesias quando encendiste el fuego de la division.*

Para llevar esta carta á Leon diputó el santo pontífice á un presbítero llamado Gregorio, quien, sabiendo que estaba concebida con un vigor extraordinario, no se atrevió á presentarla. Esta timidez fué causa de que á su regreso á Roma tratase el papa de degradarle; bien que, templado su justo enojo por los prelados del concilio que congregó en Roma para deliberar en el asunto, se le impusieron las correspondientes penitencias, volviéndole á enviar á Constantinopla en el año siguiente, que era el de 732 con la misma carta, y otra no menos fuerte, y con la determinacion del concilio contra los herejes iconoclastas. Viendo el emperador por la lectura de aquellos documentos lo que el papa y el sinodo de Roma habian hecho para mantener el honor y culto de las santas imágenes, creyendo que en esto se le hacia la mayor injuria, mandó arrestar al legado, al que hizo sufrir muchas injurias y malos tratamientos en una dura prision, renovando desde entonces con mayor violencia que antes la persecucion contra los ortodoxos: con lo que satisfecho resolvió enviar á Sicilia un ejército para apoderarse de los bienes que tenia allí la Iglesia de Roma, y causar otras violencias; bien que la armada que equipó para esta expedicion, naufragó en el mar Adriático.

No se acobardó el valor del santo pontífice á vista de semejantes violencias, ni de las que amenazaba hacer el emperador en lo sucesivo; antes bien en contraposición de su locura ocupaba en Roma á los mas diestros pintores y escultores en fomentar las pinturas y estatuas, con las que adornaba las iglesias y capillas á fin de mantener de todos modos el honor debido á las santas imágenes. También juntó un nuevo concilio, al que asistieron 93 prelados del primero y segundo orden, todo el clero, cónsules y nobleza romana; y en presencia de todo el pueblo, que fué testigo de cuanto se determinó en aquella célebre asamblea, se fulminó excomunion contra todos los que destruían, impugnaban ó manifestaban irreverente menosprecio á las santas imágenes. Sobre lo cual se formó una constitucion aparte, la que envió Gregorio al emperador por medio de Constantino, defensor ó director de las rentas de Roma, á fin de atraerle á verdadero conocimiento. Pero estuvo tan ajeno de reconocer su error el impío príncipe, que dió orden de reducir al legado á una estrecha prision en Sicilia, en la que permaneció cerca de un año. No se intimidó el espíritu del santo papa con este desgraciado suceso: pues revestido con aquella fortaleza que constituye el carácter de los verdaderos sucesores de san Pedro, resolvió oponer hasta el fin todo el poder apostólico al de un emperador que abusaba del suyo indignamente; para lo cual en el año siguiente envió un nuevo legado, que fué Pedro, también defensor de las rentas de Roma, el que no fué tratado mas favorablemente que sus predecesores. Y queriendo además el valeroso papa testificar el respeto que tenía á las santas imágenes, juntó cuantas pudo haber, é hizo construir una famosa capilla en la iglesia de San Pedro, donde las colocó primorosamente, estableciendo allí una fiesta general en honor del Salva-

dor, de la santísima Virgen, de los apóstoles, mártires, confesores y vírgenes.

No fueron solos los enemigos del Oriente los que ejercitaron la virtud y el sufrimiento del santo pontífice. Fatigado en reparar aquellas execrables violencias, se vió reducido con el pueblo romano á fatales extremidades, cuando Luitprando, rey de los Longobardos, persiguiendo á Transamundo, duque de Espoleto, que se habia refugiado á Roma, sitió la ciudad, y saqueó la grande iglesia de San Pedro con otros templos. Aunque en iguales casos acostumbraron los papas valerse del auxilio de los emperadores del Oriente, por no comunicar Gregorio con un excomulgado, ni verse en la precision de condescender con el impío empeño de Leon, recurrió á Carlos Martel, entonces regente de reino de Francia, á quien diputó una honrosa legacia, y escribió muy respetuosas cartas, dándole el titulo de cristianísimo, del que se han servido despues los reyes de Francia, enviándole las llaves del sepulcro de san Pedro. Por esta insignia, que conceden los papas á los soberanos católicos, los crean camareros del príncipe de los apóstoles y defensores de la Iglesia. Tuvo Carlos Martel alguna dificultad en romper con los Longobardos que eran aliados de la corona de Francia, los cuales le habian servido útilmente en sus expediciones contra los Sarracenos; pero, sin embargo, movido de las sabias, zelosas y nerviosas instancias de Gregorio, se resolvió á satisfacer sus súplicas, y librar á Roma de la opresion.

Acabó por aquel tiempo infelizmente sus dias el emperador Leon, y le sucedió en el trono su hijo Constantino, llamado Compronimo, porque, cuando se bautizó, inficionó con la inmundicia de su cuerpo la pila bautismal; dicho también Caballino, porque acostumbraba frecuentemente á cubrir su cuerpo con

el estiércol de los caballos. Hizo este mucho exceso á su padre en las impiedades, y sobre todo en el odio contra las santas imágenes, y tuvo que batallar nuevamente contra él Gregorio, viéndose en la precision por último de separarle del gremio de la Iglesia á vista de su incorregibilidad y crueles atentados.

En medio de la universalidad de estos cuidados halló el santo pontífice tiempo para atender á los mas útiles establecimientos; y no le faltaron fondos para construir, reedificar y enriquecer muchos templos: prueba grande de un corazon dilatado y de una piedad eminente. Consultado por san Bonifacio, apóstol de Alemania, sobre varios puntos, le dió en sus respuestas los mas sabios y prudentes reglamentos para mantener la fe, y para conservar la disciplina eclesiástica en las provincias de mas allá del Rin. Tambien hizo nuevos establecimientos de obispados é iglesias en Alemania, y autorizó cuanto habia ejecutado san Bonifacio. Asimismo renovó algunas santas ceremonias instituidas por san Gregorio el Magno, que estaban abolidas: prohibió que se celebrase el santo sacrificio del altar por las almas de los herejes; y ordenó que del patriarcaazgo se proveyesen luces y demás necesario para las misas que se dijese en los cementerios de los mártires en los dias de sus festividades.

Finalmente, debilitada su salud á fuerza de sus continuos trabajos, quiso Dios premiar sus grandes merecimientos, llevándole para sí en el dia 28 de noviembre del año 441, despues de haber gobernado la nave de la Iglesia diez años, y cerca de nueve meses. Su cuerpo fué sepultado en el Vaticano, y sobre su sepulcro se labró en lo sucesivo una bóveda pintada á la Mosáica. Consérvanse siete cartas de este insigne papa; pero la coleccion de veinte y tres cánones en forma de pontifical, sacados de los padres

antiguos y concilios sobre varios pecados, y sus remedios, que se han publicado bajo su nombre, la estiman algunos críticos por obra de mano mas reciente.

#### MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, san Rufo, á quien Diocleciano hizo mártir de Jesucristo con toda su familia.

En Corinto, san Sostenes, discipulo del apóstol san Pablo, de quien hace mencion el mismo apóstol, escribiendo á los Corintios. Este santo, siendo jefe de una sinagoga, y habiéndose convertido á Jesucristo, fué maltratado cruelmente en presencia del procónsul Galion, y consagró del modo mas brillante las primicias de su fe.

En Africa, san Papiniano y san Mansueto, obispos y mártires, quienes, en la persecucion de los Vándalos bajo el rey arriano Genserico, terminaron su glorioso combate teniendo todo el cuerpo quemado con planchas candentes, en defensa de la fe católica. En el mismo tiempo, otros santos obispos, Valeriano, Urbano, Crescencio, Eustaquio, Cresconio, Crescenciano, Félix, Hortulano y Florenciano, condenados á destierro, acabaron en él la carrera de su vida.

En Constantinopla, san Estéban el Mozo, san Pedro, san Andrés y trescientos treinta y nueve monjes, sus compañeros, que, atormentados bajo Constantino Coprónimo con diferentes suplicios en defensa del culto de las santas imágenes, confirmaron con el derramamiento de su sangre la verdad católica.

En Roma, el beato Gregorio, papa, tercero de este nombre, que se fué al cielo, ilustre en santidad y merecimientos.

En Dijon, santa Quieta, mujer del senador Hilario, de quien hace mencion san Gregorio Turonense.